

La revolución del centro

QUIENES, como el que esto escribe, perteneciendo al Centro Democrático, hemos en ocasiones mostrado una actitud crítica con respecto a alguno de sus enfoques o actuaciones, debemos a estas alturas, pasados ya dos meses de las elecciones, reconocer los indudables méritos que ha tenido su existencia y su trayectoria en los últimos meses. Es cierto (y así debe admitirse) que el Partido Socialista, si no ha inventado una nueva forma de poner en contacto a las masas con el pueblo, como decía Alfonso Guerra, ha sabido realizar una campaña que ha estado probablemente muy por encima de la de sus competidores. Pero, al mismo tiempo, sería injusto decir que sólo este partido ha logrado atraerse el voto de los españoles que deseaban el cambio. Millones de sufragios que manifestaban esas mismas intenciones se han decantado en favor del Centro Democrático. Han sido los votos de quienes confiaban en que la transformación democrática del país se podía hacer desde el poder, de quienes habían estado marginados de la vida política durante el régimen anterior por simple carencia de identificación con el franquismo o los de muchos que, antifranquistas, no desean para el país una solución socialista.

EL mérito de la Unión de Centro Democrático ha sido conseguir la atracción de todos esos votos cuando su punto de partida estaba mucho de ser óptimo. Desde muy contrapuestas posiciones políticas se ha afirmado que en España el peso del gubernamentalismo es tal que necesariamente la UCD debía ganar las elecciones. Sin que eso deje de ser parcialmente cierto, habría, sin embargo, que tener en cuenta que existe también otro tipo de mecanismo de pronunciamiento político muy frecuente en nuestro país: el de quienes consideran que una postura política no es ética ni intelectualmente correcta si no es de oposición a lo establecido. Uno de los hechos más sorprendentes de las recientes elecciones es, pues, que el Centro haya sido capaz de soportar el tremendo desgaste que significa su presencia en el poder en la coyuntura más crítica de la reciente historia contemporánea española. Se han cometido muchos errores, que no es el momento de enumerar, pero hay que tener en cuenta que los dirigentes del Centro (como los del socialismo y todos los españoles en general) han amanecido a una

nueva forma de hacer la política para la que no estaban preparados ni los franquistas, porque la democracia tiene exigencias diferentes del autoritarismo, ni los antifranquistas, porque la oposición puede esterilizar muchos afanes nobles de transformación. Si todo esto ha sucedido durante la campaña electoral, ahora, pasados dos meses de las elecciones, se puede decir que, frente a los incessantes augures de desastres, divisiones y disoluciones, el Centro ha dado un ejemplo de disciplina, resultando hasta el momento su balance parlamentario netamente positivo.

PERO si todo lo que antecede es cierto, y hay que felicitarse por ello en bien no sólo de una opción partidista, sino también de la viabilidad de la democracia para España, es necesario decir también que no basta ni muchísimo menos. Un observador interesado, pero imparcial, tendría que indicar también las notorias insuficiencias de la Unión de Centro Democrático tal como se manifiestan hoy en día. Hay que decirlo así de claro: o se lleva a cabo una verdadera "revolución del Centro" o es muy posible que no resista una confrontación prolongada con sus adversarios. No se trata de que se hayan cometido errores de mayor o menor envergadura durante la campaña electoral, sino de que el Centro a veces da la sensación de oler demasiado bien (parece destinado tan sólo a señoritos amateurs en política y en otras ocasiones huele bastante mal (a oportunismo puro y simple). Pero incluso si así no fuera, ¿quién podrá dudar que ni la ideología es totalmente precisa, ni está suficientemente lograda su perfecta unidad, ni existe la imprescindible organización nacional? Todo esto es inevitable, aquí y ahora, pero hora es ya de poner el remedio para que las cosas cambien.

LA revolución del Centro consiste, simplemente, en convertirlo de lo que es hoy en un partido de masas, popular y regido internamente por procedimientos democráticos. Es necesario desde este momento lanzarse a lograr una afiliación congruente con los resultados electorales, porque los males del Centro desaparece-

(Continúa en pág. sigte.)

La revolución del centro

(Viene de pág. anterior)

rán el día en que, gracias a esas masas, se puedan decantar valías personales. Hay que saber identificarse con los intereses de capas importantes de la sociedad española. Esa identificación no puede ser ni el ejercicio de una demagogia antisocialista ni el de un verbalismo izquierdista contra-productente (en cuanto que desvía a los propios partidarios, recuerda el lenguaje empleado por alguno de nuestros más conspicuos falangista), sino la búsqueda, serena y audaz al mismo tiempo, de la solución a los problemas cotidianos. Otra necesidad urgente es la de tener una política sindical: en España la tradición histórica, y la herencia de la dictadura, han hecho que exista una vinculación entre el sindicalismo y la política muy superior a la de cualquier país europeo. Hay miles de españoles que

desean participar de sindicatos que no tengan una precisa identificación política; la tarea de quienes militan en el Centro puede ser promover (junto con quienes no tienen ninguna afiliación política) el desarrollo de esos organismos de defensa profesional. Antes de las próximas elecciones va a ser preciso también lograr la atracción de quienes lógicamente habrían de estar en nuestras filas, pero por las circunstancias preelectorales mantienen una actitud francamente reticente frente al Centro (demócrata cristianos y liberales, por ejemplo). Alguna operación en este sentido ya está en marcha. Es imprescindible, frente a quienes se identifican ideológicamente con la filosofía marxista, vertebrar ideológicamente al Centro, lo que sólo podrá lograrse con la conciencia de que las luchas políticas se inician siempre en el terreno cultural, y de que, por tanto, hay que iniciar la reivindicación de la democracia, pura y simple, desde una óptica intelectual. Y, finalmente, otra gran tarea del momento presente es cambiar de manera radical la forma de actuar del Centro. No se puede seguir dando la sensación de que se va detrás de los acontecimientos, concediendo tardíamente lo que se ha exigido perentoriamente en la calle, sino mostrar desde el poder la imaginación de adelantarse en la resolución de los problemas.

TODO eso (y bastante más) es lo que he denominado "la revolución del Centro". ¿Puede alguien dudar de que se trata de una obligación ineludible, no sólo para conservar el poder, sino para establecer la democracia en España?

Javier TUSELL